

RELATOS DE GATOS

Ryunosuke Akutagawa · Osamu Dazai
Kenji Miyazawa · Torahiko Terada
Fuboku Kosakai

Traducción del japonés:
Kazumi Hasegawa


QUATERNI

Índice

La oficina gatuna	7
Ratones y gatos.....	23
El honor de Otomi.....	51
La gata y la muramasa	67
El gato	85
Sobre los autores.....	89

La oficina gatuna

Relato fantástico de una pequeña oficina burócrata

La Oficina Gatuna Número Seis, un lugar exclusivo donde los gatos estudiaban Historia y Geografía, estaba cerca de la estación del tranvía. Todos sus secretarios vestían unas prendas cortas de satén negro. Eran muy respetados en el mundo felino y, cuando quedaba libre algún puesto, todos los gatos jóvenes acudían en tropel para ocupar la vacante. En aquella oficina solo había cuatro funcionarios, por lo que solo aquellos con buena caligrafía y excelentes dotes para la poesía podían aspirar al puesto.

El director de la sucursal era Gato Negro, un felino grande y corpulento. Era un poco viejo y a veces tenía lagunas mentales, pero el espléndido brillo de sus ojos seguía ganándole el respeto del resto de gatos.

Sus subordinados eran: Gato Blanco, el primer secretario; Gato Atigrado, el segundo secretario; Gato Carey, el tercer secretario; y Gato Ceniza, el cuarto secretario. Los «gatos ceniza» no lo son de nacimiento. Son gatos a los que les gusta meterse

en las estufas de carbón para dormir. A causa de esto siempre tienen el pelo sucio, llevan la nariz y las orejas impregnadas de hollín; parecen mapaches, y el resto de felinos los menosprecian por ello. En circunstancias normales ningún gato así llegaría a ser secretario, por inteligente que fuese. Sin embargo, de los cuarenta candidatos que presentaron su solicitud, Gato Negro eligió a Gato Ceniza.

En el centro de la enorme oficina había una mesa con tapete de terciopelo rojo tras la que se sentaba, inmovible, el director Gato Negro. A su derecha estaban el primer y el tercer secretario, Gato Blanco y Gato Carey, y a su izquierda el segundo y el cuarto, Gato Atigrado y Gato Ceniza. Cada uno de ellos estaba correctamente sentado ante una mesa pequeña. En este momento, supongo que os estaréis preguntando para qué necesita un gato conocimientos de Historia y Geografía. A continuación os pondré un ejemplo.

Un día alguien llamó a la puerta. El director Gato Negro exclamó con arrogancia, manteniendo las manos en el interior de sus bolsillos:

—¡Adelante!

Los secretarios no se inmutaron y siguieron consultando sus apuntes. Entonces entró Gato Extravagante.

—¿Qué se le ofrece? —le preguntó el director.

—Me gustaría visitar el estrecho de Bering para probar los ratones nivales. ¿A dónde me aconsejaría ir?

—Uhm... Veamos. ¡Primer secretario! ¿Dónde viven los ratones nivales?

—¡En Ustelagomena, Novaskaya y la cuenca del río Fusa! —exclamó el primer secretario después de consultar un cuaderno azul.

—Ustelagomena y Nova... ¿qué?

—Novaskaya —dijeron al mismo tiempo el primer secretario y Gato Extravagante.

—¡Claro! Novaskaya. ¿Y dónde más?

—¡En el río Fusa! —exclamaron de nuevo a la vez Gato Extravagante y el primer secretario.

—Ah, sí, el río Fusa —repitió el director, avergonzado—. Esos son los mejores lugares donde encontrarlos.

—Una pregunta más —dijo Gato Extravagante—: ¿qué precauciones debo tomar cuando viaje a esa región?

—Uhm... Veamos. ¡Segundo secretario! ¿Qué precauciones deben tomar los viajeros en esa región?

—¡Ahora mismo, jefe! —El segundo secretario hojeó sus notas y explicó—: Los gatos que no toleren bien el frío no deben viajar a una zona de temperaturas tan bajas. —En ese momento, por alguna razón, todos los felinos miraron a Gato Ceniza—. No obstante, los gatos acostumbrados al frío también deben tener mucho cuidado. En los alrededores de Hakodate se pone carne de caballo en las trampas para los zorros negros y su olor puede resultar atrayente; por tanto, los gatos negros deben procurar actuar como gatos en todo momento para no ser confundidos con zorros negros y terminar siendo víctimas de una persecución.

—Bien —dijo el director—. Lo que dice el segundo secretario es cierto, pero usted no es un gato negro,

como yo, así que no tiene que preocuparse por eso. Recuerde solo que en Hakodate debe evitar la carne de caballo.

—A continuación me gustaría saber quiénes son los gatos más influyentes de la región.

—¡Tercer secretario! Enumere los nombres de los gatos más influyentes del estrecho de Bering.

—¡Sí, señor! En el estrecho de Bering son dos... Dos, efectivamente: Tovasky y Genzosky.

—¿Quiénes son Tovasky y Genzosky? —preguntó Gato Extravagante.

—¡A ver, cuarto secretario! ¡Resuma las biografías de Tovasky y Genzosky!

—¡Sí, jefe!

Gato Ceniza, el cuarto secretario, tenía ya sus cortas patitas en la sección donde estaba la información sobre Tovasky y Genzosky, lo cual provocó la admiración del director y de Gato Extravagante. Sin embargo, los otros tres secretarios lo miraron con una sonrisa despectiva y burlona. Gato Ceniza lo pasó por alto y leyó sus notas con seguridad:

—Tovasky es el líder de una tribu. Es muy influyente, inteligente y astuto, pero un poco lento al hablar. Genzosky es un millonario; al igual que Tovasky, habla lento, pero es muy inteligente.

—Con esto es suficiente. Ya me ha quedado todo claro. Muchas gracias —dijo Gato Extravagante, y se marchó por donde había venido.

Como veis, la Oficina Gatuna era muy útil para los felinos. Sin embargo, justo seis meses después de este episodio, la sucursal Número Seis cerró.

Mis queridos lectores se preguntarán cuál fue el motivo.

Los tres secretarios de mayor rango odiaban al cuarto, Gato Ceniza. Sobre todo el tercer secretario, Gato Carey, que no podía contenerse y siempre intentaba hacer el trabajo que encomendaban a su compañero. Gato Ceniza había intentado congeniar con el resto de miembros de la oficina, pero no logró el resultado esperado o incluso lo empeoró.

Por ejemplo: un día, Gato Atigrado sacó su fiambreira y la colocó sobre su escritorio para almorzar. En ese momento lo atacó el sueño y bostezó estirando con todas sus fuerzas sus cortas extremidades. En la sociedad felina esto no se considera una ofensa, ni siquiera delante de los superiores; se trata del equivalente gatuno al atusarse el bigote de los humanos. No obstante, Gato Atigrado cometió un error: al estirar las patas, su mesa se inclinó tanto que la fiambreira se deslizó y cayó al suelo justo delante del director. Como era de aluminio, al recipiente no le pasó nada; de hecho estaba ya muy deformado. Gato Atigrado se irguió, estiró las patas sobre el escritorio e intentó recuperar la fiambreira, pero como sus extremidades eran tan cortas no conseguía alcanzarla, solo moverla de un lado a otro.

Gato Negro, que estaba comiendo pan, le dijo con una sonrisa:

—Levántate. Así no conseguirás alcanzarla.

Gato Ceniza, que también se disponía a almorzar, se incorporó de inmediato y recogió la fiambreira para

dársela a Gato Atigrado. Sin embargo, este se puso furioso.

—¡Esto es un insulto! —exclamó dramáticamente, negándose a aceptar la fiambreira—. ¿Pretendes que almuerce esto? ¿Crees que voy a comérmelo después de que se haya caído al suelo?

—No, ¡para nada! Solo pretendía ayudar. Como tú no llegabas...

—¿Cuándo me has visto intentarlo? Solo intentaba acercármela porque es una ofensa para nuestro director que la fiambreira haya caído a sus pies. Intentaba meterla bajo mi mesa, no recogerla.

—Lo siento, no me di cuenta. Yo solo la vi moviéndose de un lado a otro.

—¡Eres un miserable! Exijo un duelo.

—Bueno, bueno —medió el director para evitar que el asunto llegara a más—, ¡dejad de discutir! Gato Ceniza no pretendía que te comieras algo que se ha caído al suelo. Por cierto, Gato Atigrado, esta mañana olvidé decirte que te he subido el sueldo diez céntimos.

Gato Atigrado escuchó las palabras del director y su gesto enfadado y ceñudo cambió de inmediato a uno satisfecho y sonriente.

—Jefe, perdone el alboroto. Le ruego que me disculpe —dijo, mirando con odio a Gato Ceniza.

A mí, mis queridos lectores, me da mucha lástima Gato Ceniza.

Cinco o seis días después de este incidente, se repitió algo parecido. La razón por la que sucedían cosas así

frecuentemente era la naturaleza felina, que los hacía ser perezosos y tener las patas demasiado cortas.

Esta vez se le cayó una pluma al tercer secretario, Gato Carey, cuando empezaba su jornada matinal. En lugar de levantarse para recogerla, estiró las patas delanteras como Gato Atigrado días atrás, pero no conseguía alcanzarla. Ciertamente es que Gato Carey era más pequeño, pero se estiró sobre la mesa hasta que sus patas traseras se separaron de la silla. Gato Ceniza lo miraba, parpadeando, sin saber si ayudar o no. Finalmente decidió levantarse y, justo en ese momento, Gato Carey se cayó de cabeza con un gran estrépito. El ruido fue tan fuerte que el director Gato Negro se asustó y echó mano a una botella de amoníaco que estaba a su espalda. Afortunadamente, Gato Carey se levantó sin necesidad de amoníaco.

—¡Gato Ceniza! —gritó, histérico—. ¿Por qué me has empujado?

—Cálmate, Gato Carey —dijo el director para apaciguarlo—. Gato Ceniza solo pretendía ayudarte. No te ha hecho nada, ni siquiera te ha tocado. Ay, ¡os entrete-néis en nimiedades! Veamos, el cambio de domicilio de Santontan...

Y el jefe regresó a su trabajo.

Por lo tanto, Gato Carey también tuvo que reanudar su tarea, mientras dirigía miradas de desprecio a Gato Ceniza.

Estas situaciones eran tan frecuentes que Gato Ceniza sufría mucho. Intentaba dormir en la repisa de la ventana, como hacen otros gatos, pero por la noche pasaba mucho frío, estornudaba y siempre terminaba

durmiendo en la estufa de carbón. Esto se debía a su pelambre, que era muy rala por haber nacido en plena canícula. Conteniendo las lágrimas, se lamentó de su poca fuerza de voluntad.

—El jefe siempre es muy amable conmigo y todos mis amigos ceniza están muy orgullosos de mí desde que trabajo en la oficina. Debo superar estas dificultades —se dijo Gato Ceniza, apretando las garras y derramando lágrimas.

Sin embargo, al final incluso el director dejó de verlo con buenos ojos. Aunque los gatos parecen inteligentes, en realidad no lo son tanto. Un día, Gato Ceniza enfermó de gripe y las articulaciones de las patas se le inflamaron tanto que no podía caminar. Ese día no fue a trabajar. Se pasó el día sufriendo y reprimiendo las lágrimas por el dolor mientras miraba los rayos amarillos del sol que entraban por la pequeña ventana del cobertizo donde vivía.

Mientras tanto, en la oficina ocurrió lo siguiente:

—¡Qué raro! Todavía no ha llegado Gato Ceniza. ¿Le habrá pasado algo? —preguntó el director al terminar un asunto que lo había tenido ocupado.

—Seguramente se ha ido a dar un paseo por la playa —dijo Gato Blanco.

—No creo. Estará en alguna fiesta —apuntó Gato Atigrado.

—¿Hay alguna fiesta hoy? —preguntó el director muy sorprendido, ya que consideraba que no podía celebrarse ningún evento gatuno al que él no fuera invitado.

